

---

**DISCURSO PRONUNCIADO EN EL ACTO DE INSTALACION DE LA REUNION "UNION MUNDIAL DE MUJERES DEMOCRATA CRISTIANAS" POR EL DR. LUIS HERRERA CAMPINS**

---

Queridas amigas democristianas de Europa, América Latina y Venezuela,

Queridas amigas independientes,



Luis Herrera entra a la sesión de instalación, acompañado de su esposa y Eduardo Fernández.

Esta reunión que con tanta distinción ha animado nuestra gran artista Ivonne Attas, tiene un objetivo directo y específico: constituir la Unión Mundial Femenina Demócrata Cristiana. Para ello se han congregado acá en Caracas, en gesto que nos honra, las dirigentes y representantes de la Unión Femenina Demócrata Cristiana de Europa y las dirigentes y delegadas de las Mujeres Demócrata Cristianas de América.

Y en esta tarde, han venido a hacerles compañía y a testimoniarles, junto a todas ustedes, su expresión de admiración y solidaridad, los más altos dirigentes de la Organización Demócrata Cristiana de América, Napoleón Duarte y Arístides Calvani; el Presidente y el Secretario General Nacional del Partido Socialcristiano COPEI, Pedro del Corral y Pedro Pablo

Aguilar, respectivamente; el Jefe de la Fracción Parlamentaria y Secretario Adjunto de la ODCa, Eduardo Fernández, en unión de distinguidos diputados de nuestra fracción. Al lado de las señoras de los dirigentes del Partido, nos acompaña también doña Ismenia de Villalba, esposa del máximo director de Unión Republicana Democrática, Partido amigo.

Hemos escuchado interesantísimos planteamientos en este encuentro que tiene una gran proyección histórica y una gran trascendencia universal en el plano de la lucha de la mujer de todo el mundo por alcanzar altos niveles de participación en la conducción de los asuntos públicos. Nos lo ha dicho en su idioma natal, lleno de gracia y de dulzura, la Senadora Franca Falcucci, Presidenta de las mujeres europeas; lo ha expresado con palabra profunda de mujer de pueblo martirizado y perseguido, nuestra querida amiga Wilna Saavedra, de Chile, Presidenta de las mujeres demócratas de América Latina, y lo ha señalado también en la lectura de su discurso, en la que nos probó que afortunadamente las dirigentes políticas no dejan de ser mujeres, nuestra querida compañera María de Guzmán, Secretaria General del Frente Femenino Copeyano y de MUDCA.

Yo vengo esta tarde a hacer una serie de planteamientos rápidos, acerca del momento político y social que vive la humanidad, y sobre el papel que a las mujeres les corresponde en unión de los hombres para tratar de crear un mundo distinto y una sociedad mejor, en la cual la armonía reemplaza a la competencia, la solidaridad sustituya a la lucha de unos grupos contra otros, y que venga la paz sincera a todos los corazones, porque en las relaciones de todos los hombres está presente la justicia.

Hace 30 años, cuando todavía no se habían apagado las secuelas de la segunda gran conflagración mundial de este siglo, se hizo la Declaración Universal de los Derechos del Hombre. Han pasado 30 años de ese pronunciamiento con carácter y acento futurista y todavía, a lo largo de cinco continentes, no tienen plenamente garantizados los hombres la integridad de sus derechos. Sufren particularmente por el proceso de violencia, unas veces subversiva, otras institucionalizada, pero en todo caso desatada y que trata de coaccionar la libertad de las personas y de frenar el desenvolvimiento de sus potencialidades creadoras. Lo estamos viendo hoy mismo en la querida y lacerada república hermana de Centro América —Nicaragua— donde millones de madres como las de todo el mundo, tienen el corazón en ascuas, debido a la lucha que allí se sostiene y en la cual ya ha cobrado la muerte un determinado número de víctimas.

Cito a Nicaragua, porque es el caso más patente en estos momentos, pero no el único, por desgracia, en nuestro continente, porque el terror y la represión, la violencia en toda su forma, estratificada y antipersonal, está presente en otros países que también han perdido su libertad y que están luchando por recuperarla. Al lado de países como Chile, Cuba, Argentina, Uruguay, El Salvador, y tantos otros del Continente, estamos definidos los demócrata cristianos que tenemos una patria común, la patria de todos, la América Latina. Pero no es solamente en tierras latinoamericanas donde son vulnerados los derechos del hombre, ni son las dictaduras tropicales o las nuevas formas de gobierno totalitario las que están atentando contra esos derechos que a esta altura de los tiempos debería tener íntegramente garantizada y sin excepciones toda la humanidad.

Padecen los judíos en la Unión Soviética, donde se les discrimina y se les impide el ejercicio de su derecho a emigrar hacia otras naciones con mayores libertades. Sufren las poblaciones negras del extremo meridional de Africa, donde están sometidas al más tremendo marginamiento y a la más espantosa discriminación racial. Sufren mengua en sus derechos los centenares de millones de hombres, mujeres y niños que en todos los continentes padecen hambre crónica y no ven acercarse a pasos rápidos un horizonte de abundancia. Padecen los pueblos explotados, intervenidos por las grandes potencias que se niegan a reconocer la necesidad práctica de un nuevo orden económico internacional que proteja los derechos de los pueblos productores de materias primas, no solamente en su deseo de obtener justos y remuneradores precios por esos artículos sino también su derecho a alcanzar la propia industrialización de sus productos. Padecen las naciones en las cuales el armamentismo hace que se inviertan tremendas cantidades para la posesión de armas destructivas, mientras el desarrollo integral y armónico de los recursos humanos y naturales está clamando por financiamiento garantizado y permanente. Sufren todos los pueblos al negársele su derecho a vivir en un ambiente puro, sin contaminación ni intoxicación, con lo que desde ya se ha venido planteando uno de los más agudos problemas colectivos que padece la humanidad de este siglo. Sufren mengua en sus derechos los países de todos los continentes en los cuales ha hecho su aparición el terrorismo. Sufren también en sus derechos aunque no se ejerza violencia física sobre ellas, las mujeres, que en el mundo todavía no han alcanzado el plano de nivelación social por el que están luchando y en el cual la democracia cristiana las acompaña de todo corazón.

La lucha de la mujer es por alcanzar la igualdad y no la ha logrado. Falta mucho trecho para llegar a esa igualdad que las mujeres están persiguiendo y que creyeron que podía acercárseles un poco más con la celebración del Año Internacional de la Mujer en 1976 pero sinceramente creo que no se pasó de asambleas, encuentros, declaraciones.

En lo que respecta a nuestra patria venezolana, saben perfectamente mis queridas compatriotas, que todo el conjunto de leyes igualitarias anunciadas por el gobierno actual, se quedaron en un recóndito propósito sin haber llegado en ningún momento a aprobarse en el Congreso.

En el fondo se trata de buscar por parte de las mujeres que a igualdad de capacidades corresponda igualdad de oportunidades. Por eso, luchan dentro de los partidos políticos, donde todavía ni siquiera en los nuestros, en los demócratas cristianos, han alcanzado las posiciones, la representación y la participación que merecen, no sólo por ser la mitad de la humanidad sino también por el inmenso esfuerzo y empeño de superación que en materia de capacitarse y de prepararse, hacen todos los días. No han logrado ocupar posiciones relevantes en el mundo de los organismos empresariales, no han logrado llevar una representación numerosa y creciente en el universo de las organizaciones sindicales. Están avanzando, ganando terreno en los organismos sociales de base y haciendo una presencia cada vez más impresionante y más exigente, en el mundo de la cultura y en los medios de la comunicación social. En la mayor parte del mundo donde no hay igualdad jurídica entre el hombre y la mujer, las mujeres siguen luchando para alcanzarla, no solamente en el campo de la actividad pú-

blica y fuera de su casa sino en los aspectos patrimoniales y de la patria potestad en la vida familiar y matrimonial.



Panorámica de la sesión pública de instalación: Luis Herrera se dirige al Encuentro Mundial Femenino D.C.

Las mujeres han comprendido que nada se logra sin esfuerzo, que nada trascendente se obtiene si no hay un afán persistente y continuo, motorizado por una gran idea de servicio, por una parte y de transformación profunda de la sociedad por otra. De ahí que las mujeres vengan cada día con más ahinco, con más tesón y con más claridad de miras y de razonamiento luchando para obtener el puesto que en justicia les corresponde. Porque los problemas generales del mundo y especialmente los problemas de los países en vías de desarrollo lo sufren las mujeres quizás con más intensidad que nosotros los hombres. Podría poner ejemplos simples: la inflación, ese mal deteriorante de la economía de pueblos que para la gente común se manifiesta en el alza de los artículos de consumo masivo y sobre todo los de primera necesidad. Sus efectos, los sufre más la mujer que el hombre porque es ella la que diariamente viene a constituirse en un termómetro que observa el estacionamiento de los sueldos, salarios e ingresos, y el ascenso de los precios.

El problema de la vivienda, otro de los rasgos del subdesarrollo, y su expresión, el problema del rancho, lo padece quizás con más profundidad y continuidad la mujer que el hombre, porque al fin y al cabo, se supone que el hombre va fuera de su casa a la fábrica, a las oficinas, a los campos, a trabajar, pero mayoritariamente la mujer permanece en la casa improvisada en el remedo de casa y allí sufre los efectos casi directos de la intemperie. La mujer sufre los efectos de la inseguridad personal, que

se va extendiendo a todos los países en la misma medida en que avanza la ola de la violencia y su secuela: el terrorismo. Podría seguir ejemplo tras ejemplo, señalando como los que llamamos grandes problemas sociales y humanos, son de hecho más padecidos cuantitativa y cualitativamente, por las mujeres que por los hombres. Por eso, la lucha animosa que han venido emprendiendo desde hace tiempo sin perder su condición de mujer, sin olvidar que la familia es la célula fundamental de una sociedad bien organizada, y que dentro de la familia la función creadora por excelencia es la maternidad, que a la mujer compete y que por ello debe tratar de lograr cuando trabaja en la calle, las mejores condiciones durante el embarazo y después de él para el retorno al trabajo, de la misma manera que la mujer sin recursos o con escasos o medianos recursos, tiene que declarar la atención para los hijos.

Hay un aspecto en el cual creo que el aporte de la mujer es absolutamente determinante en la conducción del mundo y es su contribución para que cese en el mundo eso que, dicho con palabras líricas, se llama la crisis de afecto, y dicho con palabras cristianas, se llama crisis de caridad; es decir, crisis del amor. Allí es donde está, a mi juicio, fundamentalmente el mayor de los problemas del mundo, la mayor fuente de las injusticias, de las desigualdades sociales, económicas y culturales. No hay solidaridad sencillamente porque no hay amor, porque los hombres nos hemos olvidado del común destino trascendente que tenemos, y de la común misión que debemos hacer y si no para que esta tierra asemeje al paraíso prometido, por lo menos para que cesen las condiciones de purgatorio y de infierno en que viven tantos centenares de millones de hombres y mujeres sumidos en la miseria, el abandono y la pobreza.

De manera, pues, que la lucha de las mujeres en su afán de igualdad, en su justo deseo de participación, en su empeño de contribuir al desarrollo integral de todos, es una lucha sin discriminación alguna, por la humanidad toda. Una reunión como ésta, que está apenas comenzando, parecería vista nada más con ojos superficiales, un encuentro de naturaleza política, de mujeres pertenecientes a las corrientes políticas universales de la democracia cristiana. Es así, pero la lucha y el propósito y el empeño van mucho más allá y más a fondo. Van por el camino de la política al planteamiento de lo social, de lo económico y de lo cultural; en una palabra, a la obtención de la justicia.

Por eso yo celebro de todo corazón este evento que ha comenzado a escenificarse en nuestra ciudad capital, en esta Caracas cordial, acogedora, que se honra con la presencia tan distinguida de damas tan capaces de varios continentes y que a nombre del pueblo, al cual siempre le ha sabido dar el mejor ejemplo, espera que las deliberaciones que de aquí salgan y la agrupación mundial de mujeres demócrata cristianas que aquí se constituya, sea de verdad una nueva arma más de los hombres y de las mujeres de todo el mundo, sea un medio más de perfeccionamiento, de potencialización, de desarrollo y de proyección en esa búsqueda de la justicia que no es solamente un compromiso de nosotros los hombres, dedicados a la política sino que es también un reto, un desafío y por consiguiente un compromiso de las mujeres que nos acompañan consciente y racionalmente en este empeño de buscar un mundo mejor para todos los hombres.

Muchas gracias, mis queridas amigas y amigos. ■